«En la terraza» por Ana Claro Velazco
(Foto Quintana) Sa'ón Soc. Nacional

«Interior» Carlos Ossandón
(Foto Quintana) Salón Soc. Nacional

EL SALON DE LA SOCIEDAD NACIONAL

El Salón Oficial y Anual de la Sociedad puede, este año, ser considerado como un éxito de la institución. Es mucho, desde luego, que no haya desaparecido bajo la pompa oficial y ceremoniosa de que gustan rodearle sus organizadores y de la repartición de medallas, migajas de honores, tan eficaces para crear disensiones en el mundo del arte. Pero el Salón de la Sociedad Nacional no sólo ha subsistido, contra lo que hacía esperar el del año anterior, sino que ha mejorado y hasta, se diría, que se rejuvenece.

No se debe este nuevo aliento que cobra el Salón, ni a la cantidad de las obras presentadas, que es excesivo, ni al número de sus expositores, sino particularmente a cinco o seis figuras que sostienen la gran cantidad de inepcias con que se acostumbra, entre nosotros, a formar las exhibiciones colectivas.

El estado de enemistad, o de separatismo permanente, en que viven aquéllos que tienen algún valor, obliga a reclutar a personas que no han cogido nunca un pincel o a otras que no debieran esgrimirlo jamás. Es necesario cubrir paredes y cubrirlas abundantemente.

Nada hay de más contrario a los intereses del arte y a las posibilidades de hacerlo estimar de los visitantes, sin ofuscarles, que esas aglomeraciones tan inútiles y de un espíritu tan vetusto. Si no hay lugar para todos, debe seleccionarse categóricamente y limitarse el número de cuadros que han de admitirse al artista.

En esta crónica más bien dedicada a los elementos jóvenes del Salón, considerándolos tales no tanto por aquella edad que registran las actas de nacimiento, sino más bien atendiendo a la vitalidad creadora y espíritu de indagación abnegada que se advierte en sus obras, cuatro nombres deberían figurar en primer término o como los personajes principales. El resto les sirve de marco o de ambiente, positivo unas veces, negativo las más. Los unos son artistas que no se destacan, en el actual Salón a lo menos, por falta de esfuerzos, los otros son aquellas personas respetables que pintan, dicen ellas, porque les gusta pintar. No hay mal en ello, pero no debieran olvidar que los gustos para no merecer palos han de ser cultivados. No es mi deseo arremeter contra nadie, ni contra nada. Tal vez hay cosas que no tienen remedio y de estos males incurables, el menor es que existan aficionados a llenar telas en sus ratos de ocio y a exhibirlas en los de optimismo.

Cuatro son, a mi juicio, los expositores que se destacan en la exposición: la señorita Ana Claro, los señores Pacheco Altamirano, Eduardo Donoso y don Carlos Ossandón. La señorita Claro presenta cuatro telas que revelan una voluntad seria, un afán de buena ley, sostenido por interesantes disposiciones naturales. Una visión del color justa, fresca y no exenta de distinción. De sus cuadros «Cloty» (N.° 42) me parece el más logrado. La figura tiene vida y carácter; «En la Terraza» (N.° 41), una composición más feliz, es suave, luminoso, muy directo. El dibujo de la señorita Claro es eficiente, aunque no sea todavía vigoroso ni muy expresivo. Todo eso, sin duda, está entre lo que no se

PLASTICO

puede exigir de una artista de su experiencia y formada en un ambiente de tan escasas tradiciones.

El señor Pacheco Altamirano expone cuatro marinas de su mejor producción. En ellas se advierte una construcción cada vez más segura, mayor movimiento y cierta plenitud en las facultades del artista.

De don Eduardo Donoso prefiero su «Retrato del señor G. Bauer» (N.° 131). Obra segura, de mano muy experta y correcto dibujo. Yo no podría aplaudir el resto de su obra, en que su destreza es simplemente de orden manual, el dibujo y el colorido de dudoso interés.

Don Carlos Ossandon es también muy hábil, pero su destreza corresponde más a una movilidad de su espíritu. Su «Retrato de la señora Olga Velasco de Zañartu» (N.° 138) es de una elegante tonalidad gris, aunque construído con poca seguridad. En general, la obra del señor Ossandón parece concebida y ejecutada con premura. No podríamos reprochárselo. Ese ardor de su temperamento le conduce muchas veces a bellos resultados cual es su cuadrito N.° 38, «Comedor» que es una de las mejores cosas del salón.

Aparte esos cuatro expositores no se podría dejar pasar en silencio dos hermosos paisajes del señor Strozzi Manget, que pueden contarse entre sus buenas producciones; el señor Cseney que envía un simpático retrato de niño con una naranja. La señora Josefina Cruz de Hoyl expone una pintura transparente, honrada y sencilla y la señorita Berta Smith unas flores de vibrante colorido.

También hay algunos dibujos: el N.° 143 de la señorita Amelia Pais de Mc Carthy de intención modernista; los del señor Renato García Pica, delicados y los del señor Ezequiel Fontecilla Larraín. Acuarelas de los señores Venegas y Lattanzi Falabella y otros.

Pero si la pintura en el Salón de la Nacional ofrece aspectos interesantes es forzoso resignarse a pasar en silencio la poco interesante sección de escultura.—J. L.

Septiembre de 1936.

EXPOSICIONES

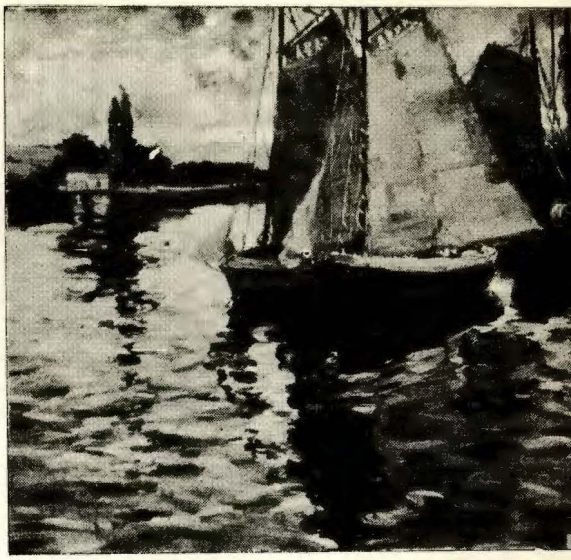
DON EDUARDO DONOSO

En la Casa Eyzaguirre tuvo lugar una muestra de cuadros del señor Eduardo Donoso. Su nombre era ya conocido. La prensa había dado cuenta del éxito que algunas de las obras del señor Donoso han alcanzado en los salones oficiales de París. No desmiente, en realidad, la exposición a lo que era dado esperar, según esas informaciones. Artista distinguido y hábil, si no de gran profundidad, demuestra poseer un gran dominio de los recursos técnicos. Dibujante diestro y gracioso compositor, el señor Donoso debe ser considerado como uno de los valores del arte nacional.

TERESA MIRANDA

La muestra de cuadros de Teresa Miranda ha venido a poner de manifiesto la magnitud del vacío que deja entre nosotros la desaparición de la joven artista.

Al regreso de su viaje a Europa, especialmente por Alemania, tierra de su mayor predilección, Teresa Miranda hubo de experimentar



Oleo
(Foto Quintana)

Pacheco Altami
Salón Sociedad Nac

«Retrato»
(Foto Quintana)

Eduardo Donos
Salón Sociedad Naciona

«Flores» (Foto Quintana)
Teresa Miranda

los más ingratos contratiempos materiales, a los cuales vino a sumarse una terrible enfermedad de su señora madre, inmovilizada por una parálisis. Luego, su propio mal, afrontado con inmenso estoicismo, sin perder nunca aquella generosidad tan maternal de su temperamento, y sin abandonar tampoco la sonrisa con que acostumbraba recibir a cuantos fuimos sus amigos.

Como artista poseía las más preciadas condiciones: sensibilidad para el color y espontaneidad en la inventiva. Pintaba de preferencia flores, mejor si eran aquéllas de pétalos delicados y gráciles, muñecas y algunos lánguidos polichinelas vestidos de seda.

EXPOSICIÓN STROZZI

Don Luis Strozzi exhibió, en la sala del Banco de Chile, un conjunto muy homogéneo en una calidad de gran interés. La tendencia realista de esas pinturas que poseen, aparte el mérito de una sinceridad distinguida, una valorización muy justa y, las más veces una tonalidad afinada, ésta ennoblecida por el temperamento poético, sin dulzonerías ramplonas del señor Strozzi. Sus naturalezas muertas se resienten un poquillo del empleo de la espátula. Si la pasta, colocada en esa forma, tiene, cuando fresca, un aspecto muy agradable, presta a la materia, se cándose con el tiempo, un aspecto calcáreo o de tiza que la desmejora, desfigurando, de ese modo, la visión del artista.

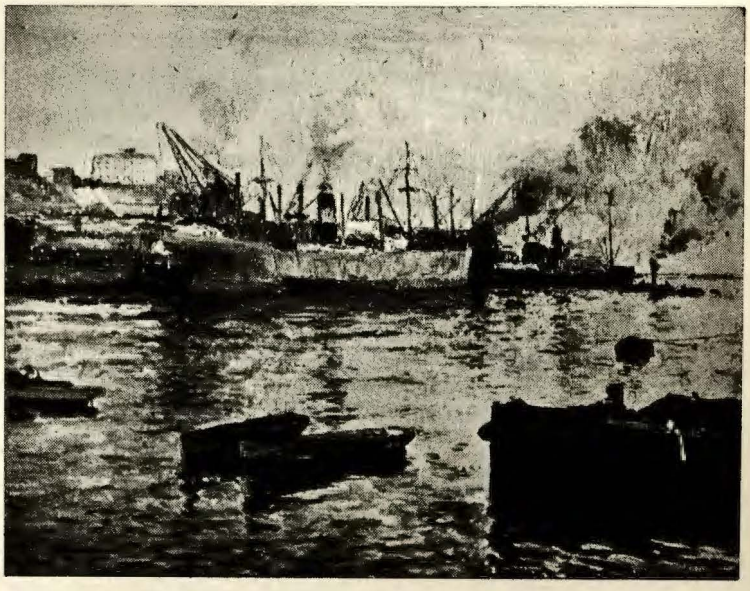
Oleo, Teresa Miranda (Foto

URIBE CASTILLO

Una aptitud singular, una inventiva que fluye naturalmente, un don innato para el decorado, una imaginación fresca y esa condición bendita que es una juventud integente hacen la riqueza de Uribe Castillo. ¡Dichoso él!

No tengo preferencias tratándose de sus dibujos, de sus pinturas Ofrenda al mar» y «La niña que abrió el libro en el campo» me agradan sobre el resto.

En suma, la exposición Uribe Castillo fué una feliz revelación.



Oleo, S. Strozzi (Foto Quintana)

EXPOSICIÓN CHELA LIRA

En la Sala de la Sociedad Nacional de Profesores la señorita Chela Lira, de Valparaíso, hizo su primera exhibición en la capital. Su nombre era ya conocido por algunas pinturas que expuso en el Salón Oficial. La manera fácil, la visión directa dejan ver en ella una pintura de temperamento.

DON RAFAEL CORREA

No me corresponde juzgar de los méritos de un maestro como el señor Correa, en quien la crítica más autorizada del país ha reconocido uno de nuestros más altos valores culturales, ni podría intentarlo delante de una sola de sus exposiciones. Una labor tan fecunda y mantenida con una constancia admirable no puede apreciarse en toda su magnitud sino en una exposición retrospectiva. Se puede, sin embargo, sostener que las condiciones que han dado tanta notoriedad al señor Correa se mantiene sin desfallecimientos.

Uribe Castillo (Foto Quintana)

«Naturaleza Muerta»
Chela Lira (Foto Quintana)

MARCO A. BONTA

La retrospectiva de este artista joven, en plena producción y de quien, sin pretender menoscabarlo, se puede decir que no ha alcanzado, con ser ya una personalidad sobresaliente, toda la plenitud de sus medios, debe, en justicia, considerarse como uno de los mejores triunfos, no tan sólo del autor, sino que también del arte nacional. Yo no pretendo que todo sea allí de la más recomendable calidad. Hay obras que acusan una inspiración pobre o una voluntad floja, otras que indican los tanteos de un artista a quien le falta madurez. Estas etapas diferentes que pueden advertirse en la obra de Bontá, no dejan, sin embargo, de señalarse por alguna culminación interesante. Así, en un período primero, antes que el artista realizase su provechoso viaje de estudios por Europa, una tendencia al realismo, a lo impresionista, se cristaliza en el gran cuadro «Primavera» (N.° 2) de

«Retrato» (Foto Quintana)
Marcos Bontá

un verismo algo crudo, pero que hubiese bastado, desde luego, para colocar a Bontá en una jerarquía destacada.

Europa le perturba señalándole tantos horizontes, tantas maneras en que espiritualidades potentísimas hacen olvidar cuanto en ellas pudiera encerrarse de peligroso. En todo ese período el artista busca, ensaya, se apasiona más por el aspecto estilístico que por el contenido de las obras que admira. Yo no diré que está desorientado, pero sí, que un oriente nuevo se forja para él. Al arte contemporáneo, amable por tantos conceptos, se le viene a sumar la grandeza máxima del Renacimiento de Italia. De allí un vivir en angustia y una falencia de definiciones precisas, procurando, un día, dominar la realidad de la materia, otro absorbido por el afán de lo decorativo, en cuya tendencia produce «La novena» (N.° 56). Es este cuadro, si no me equivoco, un boceto para un fresco. Si bien una armonía sabiamente comprendida sostiene las líneas generales del cuadro, no puede negarse que la arbitrariedad muy innecesaria de las formas y la pobreza de la materia alejan la obra de la pintura de caballete sin colocarla en la categoría de una pintura mural.

Pero no se tiene un instinto para despojarse de él a voluntad. «Chassez le naturel, il revient au galop». Que las condiciones instintivas dominen sin contrapeso ha sido la condición de que podrían alabarse un Vlaminck o un Soutine; dominarlo y conducirlo es lo que muy pocos intentan. Yo me atrevo a decir que Bontá pertenece a estos últimos. Por más que existan en él aquellas condiciones que permitan a un pintor enfrentarse victoriosamente con la materia, trató de enriquecerse con las disciplinas que significan el culto de las formas y ha procurado añadir a sus obras un sentido vital y humanístico.

Su cuadro. «El baño» (N.° 69) hace entre nosotros un alto a los impulsos del arte por el arte. La tendencia, muy socorrida por lo cómoda, de separarse de los demás humanos y la pretensión de hacer de la pintura un reducto inaccesible, donde cada individualidad aspira a crecer en la carencia de la comunión espiritual con sus semejantes iba convirtiéndose, para muchos, en una especulación en el vacío y en un conformismo en la desesperanza. Bontá tiene el raro mérito de ofrecer una reacción eficaz a un estado de cosas que parecía sin salida.

Pero su cuadro no es una intención solamente. Es un gran esfuerzo bien logrado. Si se le considera técnicamente, si se piensa en lo que significa la realización de esos torsos de muchachos modelados en una luz homogénea y que baña con la misma suavidad el paisaje, es fuerza reconocer en Bontá la proximidad de un maestro, a alguien que se prepara a las dificultades más duras y que sabe poner en el ejercicio de su arte una considerable voluntad y una ambición legítima. No se trata ya de las sensaciones directas del impresionismo, sino de una organización buscada y conseguida. Colocadas en el paisaje, ninguna luz cruda viene a destrozar las formas de las figuras ni a perturbar la intención colorística. Es un esfuerzo de clasicismo que mira más hacia Poussin que a las amenidades de la «tranche de vie».

Otra tela de Bontá: «Retrato de la señorita Gilda Pascuali Dalsanio» señala con la anterior la misma intención de realizar algo interiormente concebido. La ejecución lisa, disimulada, pero manteniendo siempre la voluntad de conseguir sin escamoteos, sin alardes de factura y sin esas implificaciones que dan en lo vacío.

Bastarían esas dos telas para dar a la exhibición Bontá el realce de un acontecimiento muy sobresaliente en la vida artística nacional.—J. L.

Septiembre de 1936.

Marcos Bontá (Foto Quintana)

EXPOSICIÓN DE FOTOGRAFÍAS

El señor Molina La Hitte dió a conocer en el mes de septiembre una interesante colección de su producción fotográfica. La fotografía se presta, sin duda, a curiosos efectos y manejada por una persona de gusto permite obtener hermosos juegos de luz y sombra.

la siguiente presentación de las virtudes artísticas de su coterráneo: «Aquí teneis los resultados de esta nueva jornada; la inició Olmos, cuando ya en el dibujo era maestro de línea sobria, sintética y expresiva; cuando tenía dominados los ritmos de toda composición; cuando le eran de fácil manejo los colores al óleo en su contrastada aplicación. La maestría en el dibujo y en la composición sirven de base a su acuarela; los colores líquidos, ya ricos y espontáneos irán valorizándose más y más por yuxtaposición, hasta que, abandonado el contraste por el claroscuro, pueda decir que tampoco en la acuarela quedan secretos para él».

¿Se puede pedir algo más?

scimiento»
ro Olmos

(Propiedad de Don Alfonso Bulnes)

«Bailarina»

(Foto Molina La

Manos de Laura Rodig

(Foto Molina La

EN PROVINCIAS

La vida quieta de San Felipe acaba de ser alborozada por un gentil artista lugareño, Pedro Olmos (dibujante, acuarelista, oleísta, etc.) quien abrió, en la ciudad, una exposición de sus trabajos.

El distinguido literato don Alfonso Bulnes en un bello discurso que pronunció con motivo de la apertura, hizo a los sanfelipenses